



DICASTERIUM
DE CULTURA ET EDUCATIONE

ELOGIO DE LA AMISTAD: REDESCUBRIR UN BIEN NECESARIO

Espero que no os parezca extraño que haya elegido como argumento académico la amistad, cuando parecería haber mil temas más urgentes y pertinentes que proponer a una comunidad universitaria en este período histórico y cultural de cambios acelerados. En Santo Tomás es evidente la centralidad de la reflexión sobre la amistad, hasta el punto de preguntarse si la perfecta bienaventuranza en la gloria no requiere también la compañía de los amigos. Pero la propia historia de la Universidad no se entendería sin la idea de *societas amicorum*. El Papa San Juan Pablo II lo recuerda explícitamente en la Constitución Apostólica *Ex-Corde Ecclesiae* al afirmar que la *Universitas magistrorum et scholarium* nació de la asociación «de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber» (N.1). La historia de la universidad es, por tanto, una historia de amistades: amistad por las diferentes expresiones del conocimiento, amistad tejida en la circularidad de relaciones que son oxígeno y salud de la comunidad académica, amistad por las personas, por los lugares. Pienso que la Universidad cumpliría bien su misión si algún día fuera recordada por aquellos que en ella se formaron, no sólo por la calidad pedagógica y de investigación que encontraron, sino también por las bellas amistades que ahí comenzaron. A veces el peligro de las sociedades modernas es que nos convirtamos en archipiélagos de la soledad. La amistad, esa “Santa Amistad” que canta Cervantes, es la que nos ayuda a desarrollar una visión justa de quién es el Ser Humano, cuál es su vocación, dignidad y misión. Espero, por tanto, que la Universidad de San Dámaso ofrezca la posibilidad de llegar a ser un buen especialista en ciencias eclesiológicas, pero también os haga a todos maestros en el precioso arte humano que es la amistad. Sin el cual no construimos comunidades creíbles, ni cohesionadas al servicio del bien común.

Parece que nuestra época sólo sabe hablar de amor. A medida que asistimos a la inflación de esta palabra, su fuerza expresiva disminuye claramente y parece secuestrada por un uso monocorde y equívoco. Cada vez sabemos menos de qué hablamos cuando

hablamos de amor. Pero esto no constituye un freno. Con la misma palabra designamos el amor conyugal y el apego a un equipo deportivo, las relaciones entre parientes y las de consumo, las aspiraciones individuales más profundas, pero también las más frívolas. Todo es amor. No es casualidad que la magnífica poesía de W.H. Auden, que el siglo pasado eligió como una de sus canciones, se resume en la pregunta: «La verdad, por favor, sobre el amor».

En el universo religioso, por desgracia, la situación no es muy diferente. El término amor sufre un uso excesivo que no siempre favorece el realismo y la profundización de los caminos de la fe. La referencia al amor se disipa en homilías, discursos catequéticos, proposiciones morales: un camino tan variado que su significado se diluye. Nos hemos acostumbrado a oír la llamada al amor, a recibirla o a reproducirla sin mucho conocimiento. Estoy convencido de que una parte importante del problema reside en la ausencia de reflexión sobre la amistad. Llamamos ambiguamente «amor» a ciertas relaciones y prácticas afectivas que ganarían mayor consistencia si las pensáramos como modos de amistad. La amistad es una experiencia universal y representa, para cada persona, un camino inagotable de humanización y esperanza. Sin embargo, necesitamos una sabiduría reflexiva, y también de una sabiduría espiritual, que nos permita vivirla más plenamente.

«Nuestros amigos forman parte de nuestra vida», escribió Raïssa Maritain. En el volumen titulado «Los grandes amigos», la esposa de Jacques Maritain compuso una especie de autobiografía relatando las experiencias personales de sus amigos. Y es cierto: los amigos son nuestra mejor autobiografía. Pero no sólo eso: la amplían, conspiran para hacerla luminosa y auténtica, le ofrecen ligereza y profundidad, la purifican con la verdad, la atemperan con el humor, insisten en que ella está hecha de futuro. Los amigos dan testimonio a nuestro corazón de que siempre hay un camino.

En la Biblia encontramos varias imágenes para describir la relación con Dios que proceden del campo de la afectividad. Corresponden a dos paradigmas fundamentales. Uno, bien definido, es el del amor. En efecto, la Biblia describe a Dios desde la experiencia del amor conyugal o erótico, si se quiere. Muchas veces se describe la relación entre Dios y el pueblo como una relación de compromiso nupcial, alianza conyugal, fiesta de bodas, y lo que se subraya es la dimensión de fusión en el encuentro,

el impacto de una correspondencia total, un estado entre amalgama gozosa y posesión. Este estado es evocado, con nostalgia, en el libro de Jeremías: «Me acuerdo de ti, del cariño [fidelidad] de tu juventud, del amor en el momento de tu noviazgo, cuando me seguías en el desierto, en la tierra sin sembrar» (Jer 2,2). Dios siente nostalgia de esta intimidad, de cuando el corazón del pueblo no estaba disperso, centrado únicamente en el diálogo con él. Era, digamos, una relación exclusiva: no había otro rostro sobre la faz de la tierra, más allá de éste. Quizás el libro en el que, si excluimos el Cantar de los Cantares, esta metáfora de la boda llega más lejos, sea el atribuido al profeta Oseas. En este pasaje se describe al pueblo de Dios como una mujer que engaña a su marido, y, sin embargo, él no deja de seducirla con vínculos de amor prometiéndole fidelidad. Y el deseo de Dios se expresa por boca del profeta: «Y sucederá que en aquel día –oráculo del Señor– me llamarás: “mi marido”, y ya no me llamarás: “Baal, mi señor”. [...] en aquel tiempo [...] te haré mi esposa para siempre» (Os 2,18-21).

Se trata de dos breves ejemplos de un vasto patrimonio teológico, que dan testimonio de cómo este ejercicio de *metaforización* del amor está ampliamente atestiguado en varios libros bíblicos. Ciertamente, el paradigma del amor sigue (y seguirá) siendo una fuente arquitectónica de inspiración, pero no debe considerarse la única vía de expresión. Pedagógicamente, la Biblia insiste en una pluralidad de accesos. Algunos de ellos se agrupan en torno a un paradigma que queremos abordar aquí y que es necesario descubrir: la amistad.

El modelo de la amistad puede ayudarnos a comprender, como contrapunto al sonambulismo de nuestros discursos, lo que es, lo que puede ser nuestra relación con Dios. El peligro que presenta el uso masivo del vocabulario del amor es el de perdernos en lo indefinido, ahogarnos en lo ilimitado de la subjetividad: no sabemos realmente lo que es el amor; siempre lo es todo; es una tarea sin límites; y esta totalidad inextricable, con demasiada frecuencia, se consume en una retórica desilusionada. La amistad es una forma más objetiva, más concretamente diseñada, que quizá sea más posible de experimentar.

La amistad es una experiencia muy interesante –explica la psiquiatra infantil Françoise Dolto– porque en la amistad hay seguridad, sin que al mismo tiempo haya presión. Lo que no podemos saber sobre el otro, lo dejamos permanecer serenamente

incomprensible, oculto. El hecho de que no lo sepamos todo, no amenaza la relación que mantenemos, algo que el amor difícilmente puede soportar. En el amor, la revelación debe ser total, sin dobleces ni reservas. En la amistad aceptamos la diferencia con más naturalidad, una cierta distancia que no se ve como un obstáculo para la confianza, sino que, al contrario, es una condición para la auto-revelación. Esta distancia da libertad a la persona para ser auténtica, purifica a los amigos de cualquier tentación de dominación. La amistad no contiene esa pretensión de posesión que, muchas veces, es característica de un amor exageradamente narcisista. La amistad se nutre de la aceptación de los límites. Quizá la gran diferencia entre el amor y la amistad radica en que el amor tiende siempre a lo ilimitado, mientras que en la amistad nos enfrentamos con ligereza a las limitaciones, aceptamos que hay una vida sin nosotros y más allá de nosotros. Es el amigo quien forma parte de nuestra vida afectiva sin dejar de ser el otro.

La amistad puede constituir un modelo creativo para el camino del creyente, aunque evidentemente sigamos necesitando hablar de amor. Es de vital sabiduría abrazar los límites como múltiples aspectos y vínculos de una misma verdad, según lo que el Papa Francisco enunció por primera vez en *Evangelii Gaudium* y ha reiterado a menudo en su pontificado: «El modelo no es la esfera, donde cada punto es equidistante del centro y no existen diferencias entre un punto y otro. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él mantienen su originalidad» (EG n. 236).

Dios viene, con la brisa de la tarde, a visitar el jardín donde se encuentra el primer matrimonio humano, pero Adán y Eva se esconden de Dios y Dios pregunta: «¿Dónde estás?» (Gn 3,9). Con una mezcla de hermenéutica e instinto, la tradición rabínica dice que es, quizás, la única frase inútil de la Biblia. ¿Cómo es posible que Dios pregunte «¿Dónde estás?». Si Dios lo sabe todo, ésta es una pregunta completamente artificial. Pero si, de hecho, no sabe dónde está el primer matrimonio humano, entonces esto pone en duda la omnisciencia de Dios. Es un momento embarazoso de revelación bíblica. Los rabinos, sin embargo, extraen de ello una rica interpretación espiritual. Sólo nosotros podemos decir dónde estamos –nos enseñan ellos–. Dios no nos persigue, no somos marionetas en sus manos, sino que espera amigablemente a que nosotros se lo digamos. Dios espera por todos. Y espera pacientemente: «Estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, vendré a él y cenaré con él, y él conmigo» (Ap 3,20).

En los albores de la revelación bíblica, un ejemplo de fe basada en la amistad es el de Moisés. Moisés habla con Dios cara a cara, como un hombre delante de su amigo (cf. Ex 33,11). Necesitamos también esto, sentirnos ante Dios y hablar con él como un hombre, como una mujer hablan con un amigo, con una amiga. Necesitamos lograr esa fluidez de relación y sentir que hay un “tú a tú”, rostros puestos uno frente al otro, un corazón frente a otro corazón. Esta proximidad no socava la trascendencia de Dios. Dios continúa diciendo: «[Moisés], haré pasar toda mi bondad [belleza] ante ti [...] pero no podrás ver mi rostro, [...] verás mi espalda, pero mi rostro no se puede ver» (Ex 33,19-23). Se trata de una experiencia que se tiene entre amigos. Por un lado, se miran profundamente a los ojos, pero, por otro, aceptan ver el todo sólo en parte, en la visión incompleta. En la amistad aceptamos del otro lo que nos da o puede darnos y hacemos de ello un punto de partida gozoso. La amistad es “un pasar”. Dios pasa su belleza ante Moisés y Moisés ve una parte de ella, que es lo que puede ver. Si viviéramos así nuestra experiencia espiritual, sería más pacificada, más adulta y, ciertamente, más fructífera. Debemos abrir las manos, dejar pasar a Dios. La fe pascual no es otra cosa que esto: paso, tránsito, tráfico de belleza, epifanía, revelación que no se toca. *Noli Me tangere*, «no me aferres» (Jn 20,17), dice el resucitado a su discípula. Nos encontramos ante Dios como amigos, en la gratitud de una relación que acepta lo que es. Los santos nos enseñan el misterio de la amistad divina: aceptar lo que Dios me quiere dar, aceptar la noche y la nada, el silencio y la demora, aceptar la gracia y la debilidad. Hacer de todo un camino.

¿Cómo podemos saber que dos personas que no conocemos son amigas? ¿Por la forma en que conversan? Por supuesto. ¿Por la forma en que se ríen el uno del otro? Claro que sí. Pero lo entendemos aún más por la forma en que abrazan, con serenidad y alegría, el silencio del otro, el silencio recíproco. Los amigos pueden estar juntos en silencio. Entre simples conocidos es incómodo, enseguida sentimos la necesidad de entablar conversación, de ocupar el espacio en blanco de la comunicación; permanecer en silencio nos fastidia. Entre amigos, el silencio no tiene nada de embarazoso. El silencio es un vínculo que une. Creo que sobre las puertas de las iglesias se debería colocar este cartel: «No es necesario hablar». Transformar la oración en una forma de habladuría es un entretenimiento vano. Pero si asumimos que la amistad es estar en compañía, incluso sin hablar, entonces el ejercicio de la oración profundiza, alcanza otros niveles, abre el

camino hacia otras dimensiones del ser. «Cuando oréis, no desperdiciéis palabras» (Mt 6,7), recomienda Jesús.

La Biblia reconoce la importancia de la verdadera amistad y prodiga palabras para resaltar su valor. El libro del Deuteronomio habla del amigo (*réa*, en hebreo) como aquel «que es como tú mismo [a quien amas como a ti mismo]» (13,7); y el libro de los Proverbios como «amigos más cercanos que un hermano [alguien que está más cerca de ti que un hermano]» (18,24). En la amistad, es el corazón el que responde al corazón (cf. Pr 27,19). Y como «El perfume y el incienso alegran el corazón [...], el consejo de un amigo endulza el alma [el aceite y el perfume alegran el corazón, los consejos de un amigo cariñoso son dulces]» (Pr 27,9). En el libro de Ben Sira encontramos el elogio del verdadero amigo: «Un amigo fiel es un refugio seguro: quien lo encuentra, encuentra un tesoro. Para el amigo fiel no hay precio ni medida de su valor. El amigo fiel es medicina que da vida: aquellos que temen al Señor lo encontrarán» (Eclo 6,14-16).

Sin embargo, quienes quieran captar el pensamiento bíblico de la amistad de un modo más profundo deben escuchar sus relatos. También en este caso, la teología que presenta la Biblia es eminentemente narrativa. Y no debemos dudarle: necesitamos esta sabiduría. Las historias nos transmiten el conocimiento no como un proceso de abstracción, sino como la intensidad de una experiencia en la que estamos llamados a entrar. ¿Cómo es que Abraham se convierte en «el amigo» de Dios? ¿Construyendo una relación de confianza, fidelidad (de la que, por otra parte, deriva la palabra «fe»)? ¿A través de un pacto de reciprocidad que se establece entre ambos? Sin duda alguna. Pero también gracias a un conjunto de detalles menores, signos de lo cotidiano, casi indecibles, que nos introducen en el universo característico de la gramática de la amistad: mirar juntos en la misma dirección (cf. Gn 15,5); mantener una solicitud traducida en miles de gestos pequeños; entregarse a la práctica circular de la hospitalidad (Gn 18,1-5).

Mientras que la experiencia del amor encontró una pluralidad de términos que la describían en las lenguas griega y latina, la amistad aparece concentrada principalmente en dos términos: *filía* en griego y *amicitia* en latín. Pero, en su origen, el significado de ambos estaba todavía muy mezclado con el ámbito del amor: sólo gradualmente la amistad pasará a primer plano como una realidad que se define de forma autónoma. El vocablo *philos* empezó a significar “querido, estimado”, en un sentido asimilado al valor

del posesivo “mío”. En Homero, lo que caracteriza a la amistad es esta pertenencia y proximidad como formas inmediatas de posesión. Sólo al final de una evolución semántica la idea de posesión se transformó en una noción de afecto, independiente de los lazos de parentesco. Lo mismo ocurre con la palabra latina que designa la amistad.

Los vocablos *amor* y *amicitia* derivan ambas de la raíz *-am*, que, en latín popular, designa a la madre (*amma*) y a la nodriza (*mamma*). En la amistad encontraríamos así una referencia al amor materno o, dicho de otro modo, al amor como estructura primaria de la existencia. Lo cierto es que la amistad, desde la Antigüedad hasta nuestros días, ha constituido un desafío permanente al pensamiento. Giorgio Agamben nos recuerda, por ejemplo, que la intimidad entre amistad y filosofía es tan profunda que incluye a *philos*, el amigo, en su propio nombre. La filosofía –y podemos extenderlo al estudio de las demás ciencias– no es sólo cultivar la sabiduría: es también un asunto de tratar entre amigos, y es, de este modo, un ejercicio concreto de la amistad. Simone Weil también lo recordaba cuando afirmaba que lo más importante para progresar en los estudios escolásticos, cualesquiera que estos sean, es comprender que el amor a nuestros semejantes está hecho de la misma sustancia que el amor a Dios, es decir, de atención.

Por eso, es indispensable saber madurar una cierta mirada. «Una mirada ante todo atenta, en la que el alma se vacía de todo contenido propio para acoger en sí, al ser que ella ve, tal como es, en su verdadero aspecto. Sólo quien es capaz de atención es capaz de esta mirada». También podemos decir que sólo quien es capaz de amistad es capaz de atención. Sobre la amistad, Simone Weil escribió: «la amistad es el milagro gracias al cual un ser humano acepta la distancia, y, sin acercarse, al mismo ser que necesita, como un alimento. Es la fuerza de espíritu que Eva no tuvo; y, sin embargo, ella no tenía necesidad del fruto. Si ella hubiera tenido hambre cuando miró el fruto, y si, a pesar de ello, se hubiera limitado a mirarlo indefinidamente sin dar un paso en su dirección, habría realizado un milagro semejante al de la amistad perfecta». La amistad pura es una imagen de la amistad perfecta de la Trinidad. Es imposible que dos seres humanos sean uno y, sin embargo, respeten escrupulosamente la distancia que los separa, si Dios no estuviera presente en cada uno de ellos. Los amigos son, por ello, paralelos que sólo se encuentran en el infinito.

Aristóteles, en su tratado *Ética a Nicómaco*, pone gran énfasis en la amistad, y habla de ella como una virtud cívica muy concreta. «Parece ser la amistad la que mantiene unidas a las comunidades dentro de los Estados», comenta (Libro VIII, cap. 1,22-23).

Con este principio, el filósofo identifica y ordena en una línea jerárquica distintas formas de amistad: 1) la amistad útil, fundada en el interés que puede derivarse de una relación en la que existe un compartir mutuo; 2) la amistad agradable, establecida sobre todo en el placer que nos ofrece la compañía del otro; 3) y la amistad virtuosa, que busca ante todo el bien del otro. Pero sólo esta última puede considerarse una virtud, que, cuando existe, manifiesta la excelencia de sus actores. «La amistad perfecta, en cambio, es la amistad de los hombres buenos y semejantes en virtud: pues quieren el bien del otro de modo semejante, en cuanto que son buenos, y son buenos para sí mismos. Aquellos que quieren el bien de los amigos para ellos mismos son los mejores amigos; en efecto, experimentan este sentimiento por lo que los amigos son para sí mismos, y no accidentalmente. Ahora bien, la amistad de éstos dura mientras son buenos, y, por otra parte, la virtud es algo permanente. Y cada uno es bueno tanto en sentido absoluto como en relación con su amigo» (Libro VIII, cap. 3, 10-14).

La búsqueda desinteresada del bien del otro; una equivalencia entre el amor que le dedicamos y el que nos tenemos a nosotros mismos; una solicitud sincera; ausencia de atracción impulsiva o pasión, son los rasgos de la auténtica amistad, según Aristóteles. La igualdad completa, la reciprocidad y la no dependencia siguen formando parte de la gramática de la amistad. Sólo en el reconocimiento de la igualdad, sólo cuando la reciprocidad se conjuga libremente, puede consolidarse finalmente la amistad. Comentando al filósofo griego, Santo Tomás reiteró que el fin de la comunidad no es tanto la suma de los bienes particulares, sino la realización del bien común. El Papa Francisco habla intensamente de ello en su encíclica *Fratelli tutti*, recordando cómo la «amistad social» es una categoría que debe enmarcarse en el contexto de la fraternidad, la compasión activa y la práctica concreta de la esperanza.

Es muy conocida la definición que Montaigne da de su amistad a Étienne de la Boétie: «En la amistad de la que hablo, las almas se mezclan y se funden la una en la otra en una unión tan absoluta, que borran la sutura que las unía, de modo que no se encontrará jamás. Si me piden que diga por qué lo amaba, siento que sólo podré expresarlo

respondiendo: “Porque era él. Porque era yo” (*Parce que c'était lui, parce que c'était moi*)». Montaigne no intenta saber ni decir por qué la Boétie es su amigo. La imposibilidad de dar explicaciones expresa la naturaleza fuente de la amistad. No se propone alcanzar fines. La amistad no puede tener otro fin que ella misma. No hay que confundir la amistad con el respeto propio de las relaciones de parentesco y, del mismo modo, no es legítimo mezclarla con el amor erótico.

La amistad, para Montaigne, es una comunión de espíritu, una especie de unión de las almas. Es una relación inexpresable, intransitiva, absoluta, que no pretende modificar al otro, ni ser modificada por él. No se trata del encuentro de dos deseos, sino de dos plenitudes. Es en este sentido que debe entenderse la copla «Porque era él. Porque era yo». Lo que sabemos es que, sin amistad, la mujer o el hombre vivirían como exiliados. La amistad nos faculta para decir: «Yo soy porque tú eres».

El Evangelio de Juan no narra la Última Cena del mismo modo que los Evangelios sinópticos. Narra que, durante la cena, Jesús lava los pies a los discípulos (cf. Jn 13). Es el único contacto físico entre ellos que narran los Evangelios. El cuerpo no está ausente de la amistad y, por eso, es tan simbólico que Jesús, que se dispone a dar la vida por ellos, les lave los pies tocando a cada uno con la aceptación radical de su amistad. En este contexto, Jesús pronuncia un discurso clave para la teología de la amistad: «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,12-15).

Quizá hubo un tiempo en que la palabra «siervos», o incluso la palabra «discípulos», era adecuada para describir lo que, en su relación con Jesús, experimentaban. Ahora sólo la palabra «amigo» es válida para describir a quien sigue a Jesús, porque es Él mismo quien nos fundamenta en una relación de conocimiento y reconocimiento de todo lo que él ha escuchado del Padre.

Que esta amistad se haga realidad en nuestras vidas y que se pueda encontrar traducida, en experiencia académica, como en un hermoso texto de la filósofa María Zambrano sobre la educación: «Y así aprendían también a esto: a ser amigas; iban

adquiriendo sin darse cuenta el arte de la amistad. De la amistad, sin la cual, la vida [...] carece de nobleza» (*Filosofía y Educación. Manuscritos*, p.67).

Para concluir, quisiera citar la reciente nota sobre la Inteligencia Artificial que nuestro Dicasterio para la Cultura y la Educación elaboró junto con el Dicasterio para la Doctrina de la Fe y publicó en la fiesta de Santo Tomás de Aquino. Allí se recuerda, precisamente, que «la inteligencia humana no es una facultad aislada, sino que se ejercita en las relaciones, encontrando su plena expresión en el diálogo, la colaboración y la solidaridad. Aprendemos con los demás, aprendemos gracias a los demás» (n. 18). Entonces, «no podemos olvidar que la inteligencia es siempre una dinámica múltiple, múltiple y compleja: individual y social; racional y afectiva; conceptual y simbólica. El Papa Francisco destaca esta dinámica, señalando cómo podemos buscar juntos la verdad en el diálogo» (n. 59) y una amistad verdadera. El documento exhorta a las Universidades católicas y eclesíásticas a activarse «como grandes laboratorios de esperanza, en esta encrucijada de la historia». Que «en una perspectiva inter y transdisciplinar, ejerciten con sabiduría y creatividad, una cuidadosa investigación de este fenómeno de la Inteligencia Artificial, contribuyendo a hacer emerger sus saludables potencialidades en los diversos campos de la ciencia y de la realidad; orientándolas siempre hacia aplicaciones éticamente cualificadas, claramente al servicio de la cohesión de nuestras sociedades y del bien común; alcanzando nuevas fronteras del diálogo entre la Fe y la Razón» (n. 83). Se trata, pues, de una gran responsabilidad para todos. Creo que lo lograremos mejor si lo hacemos juntos, como maestros de la amistad que constituye una expresión concreta de la esperanza.

José Tolentino Cardenal de Mendonça

3 de febrero de 2025, Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid